

BIOÉTICA GLOBAL Y PENSAMIENTO CUBANO: JOSÉ MARTÍ Y LA REVOLUCIÓN CUBANA.

Dr. Carlos Jesús Delgado Díaz,
Profesor Titular, Universidad de La Habana.



Quiero comenzar esta intervención, haciendo notar algunas condiciones de “entorno”. No enumeraré autores ni citaré frases célebres de gran actualidad. Quiero hablarles directamente sobre bioética global, pensamiento cubano, José Martí y la Revolución cubana. Vale recordar que en política, “lo real es lo que no se ve”.

Para hacer la presentación más ágil, la organizaré en un conjunto de cinco preguntas/tesis, de las cuales, la primera, se refiere al contexto en que la bioética surgió, y en el que está situada en la actualidad.

Tesis 1. La sociedad contemporánea tiene en la moralidad y la ética uno de sus retos más importantes. ¿Podría llegar a ser reconocido como reto para sí?

Estamos situados en un momento muy especial del desenvolvimiento de la sociedad humana, ese que hemos llamado de varias formas: globalización, globodominación, sociedad del conocimiento, sociedad del riesgo, modernidad líquida, Planetarización, crisis de la humanidad.

Cada uno de los términos mencionados lleva una carga específica de intencionalidad en el énfasis con que lo ha trabajado cada autor, y todos recogen aspectos fundamentales del período singular que atravesamos.

Se trata de una época donde la política, la ciencia y

el manejo de la naturaleza a escala planetaria colocan a la humanidad ante situaciones nuevas que requieren un pensamiento a la altura de las transformaciones y los retos identificados.

Pero identificar un reto y hacerlo nuestro son cuestiones bien diferentes.

Las transformaciones mundiales han sido y son profundas. El capitalismo como sistema económico y social global ha extendido sus relaciones de dominación mediante la universalización de la política y la tecnociencia como actividades que producen el cambio humano y de todo el sistema de la vida en la Tierra. El liderazgo de la tecnociencia y la política tiene rostro económico y se presenta como el estado natural de las cosas que hace y puede hacer una especie biológica que ocupa, supuestamente, el lugar más alto en la escala terrenal.

Los cambios que han tenido lugar desde la década del cincuenta liderados por la ciencia y la política que a su vez traen el impulso de la economía, tienen el atractivo de la supuesta inevitabilidad que los acompaña. Así, hemos llegado al punto de considerar todos estos procesos como una espiral acelerada de progreso científico, tecnológico, civilizatorio, y por algún sitio, medio abandonada y en penumbras, se han quedado la humanidad y el sentido de lo humano.

El avance científico-tecnológico nos ha situado ciertamente en un lugar privilegiado. Nuestra escala material productiva y comunicacional es planetaria; nuestros ritmos son intensos, los más intensos posibles; y nuestros conocimientos son profundos. Estos tres elementos: intensidad, extensión y profundidad de los conocimientos y los cambios que producen no pueden pasarse por alto. No se trata únicamente de que contamos con ciencia y tecnología poderosas y que estas aportan conocimientos útiles.

Se trata de que la **profundidad** de los conocimientos nos permite trabajar con los niveles básicos de la energía, la vida y la cognición; la **intensidad** con que utilizamos esos conocimientos es la máxima posible, y está gobernada por la lógica del beneficio y la eficiencia, términos económicos y organizacionales que dicho sea de paso, suelen esconder una profunda deshumanización; y la **extensión** en que está concebido su uso, la más amplia posible, planetaria y exoplanetaria.

Todo esto indica que no estaban errados Heidegger y otros filósofos que señalaron el intervencionismo científico como una de las grandes amenazas a la existencia humana. Combinadas, esa profundidad, intensidad y extensión en el uso de los conocimientos transforman nuestra sociedad en sociedad del conocimiento y del riesgo. Dos caras de una misma moneda.

Todos estos cambios serían poca cosa, si no hubieran provocado la más intensa subversión, material y espiritual de la vida cotidiana de las personas.

La subversión material ha sido ampliamente caracterizada por autores contemporáneos, e incluye la creación de instrumentos de trabajo de nuevo tipo con los que se interactúa (a diferencia de los instrumentos clásicos que eran utilizados), un entorno tecnológico que abarca las actividades más comunes como la vida en el hogar, el cultivo y la preparación de los alimentos y la reproducción del proceso de vida.

La subversión espiritual por su parte, cambia el lugar y la recepción de lo nuevo en la vida cotidiana. De la postura anterior de conservación y recelo, revisión y escrutinio de lo nuevo antes de ser aceptado, nos hemos desplazado primero hacia una postura de aceptación de lo nuevo, hasta llegar después, al apetito desenfrenado por lo nuevo, con las consecuencias destructivas inevitables: la remoción de las costumbres, la destrucción de los entornos (humanos y no humanos), la deshumanización.

Es obvio que ninguno de esos procesos es casual. Los han impulsado los intereses hegemónicos, y han sido aceptados socialmente como signos de “progreso”. Hacen parte del universo de problemas que dieron lugar en la década del setenta a la aparición de campos nuevos de conocimiento, reflexión y acción, como es el caso de la bioética.

Ante tan enormes retos, la bioética se presentó como una alternativa cognoscitiva y práctica para transformar los retos en retos para nosotros. Denoto con estos términos la diferencia entre lo que se nos impone por las circunstancias (el reto), y lo que reconocemos con significado propio para nosotros (el reto para nosotros). Los retos tienen la forma y pueden quedarse, como situaciones externas que demandan ser resueltas. Por ser externas, un modo de solucionarlas puede consistir en tomar un atajo y sortearlas haciéndolas desaparecer de nuestro horizonte. Ese es por ejemplo, el caso de la lógica que siguieron los esclavistas retados por las leyes anti esclavitud. El reto fue entendido por una parte de ellos como asunto interno, y condujo a la transformación hacia un orden de cosas sin esclavitud. Pero también fue asumido como un reto externo, un asunto a resolver para seguir por los mismos derroteros de siempre. Fue resuelto mediante un atajo, consistente en sortear el obstáculo mediante la trata ilegal. Por eso, cuando corrían el riesgo de ser atrapados, los esclavistas no dudaban en sacrificar físicamente a los esclavos haciéndolos desaparecer, es decir, asesinandolos y arrojándolos al mar. El genocidio de la esclavitud tiene ese rostro también: el de un reto que no llegó a convertirse nunca en un reto para los esclavistas. Cuando digo reto para sí, me estoy refiriendo a algo más que una situación externa que reclama solución. Asumir una situación como reto para nosotros implica necesariamente la conciencia de que la solución entraña una reconstrucción del ser interior, un cambio de nosotros mismos, y es ese cambio el que puede hacer posible que se encuentren soluciones.

Desde los años setenta la bioética, en todas sus formas, ha trabajado intensamente para producir esa toma de conciencia que nos haga crecer y reconocer los como retos para nosotros, los retos identificaos y que tenemos por delante. No obstante, que los retos impuestos desde fuera se transformen en retos para nosotros, que nos cambien, sigue siendo una tarea fundamental en la que estamos empeñados quienes trabajamos desde perspectivas bioéticas.

Por otra parte, no solo es cuestión de interiorización de los retos, o de hacerlos nuestros

Parece que los seres humanos tenemos muchas dificultades para identificar y aceptar lo nuevo.

Formularé esta tesis como pregunta, y esbozaré una respuesta posible.

Tesis 2. El reto de lo nuevo. ¿por qué nos resulta tan difícil identificar y aceptar lo nuevo en nuestros horizontes cotidianos, intelectuales e ideológicos?

Lo nuevo parece condenado en nuestras sociedades a pasar por múltiples filtros y retoques, de manera que ter-

mine pareciéndose demasiado a lo que es corriente y viejo, es decir, de manera que termine siendo acomodado a lo que existe y se conoce. Quizás sea un factor evolutivo el que ha determinado ese proceder humano que termina muchas veces ocultando la novedad o anulándola. Pero también es una cuestión epistemológica que concierne a los sistemas de ideas, sus compromisos y características.

La historia de la bioética, su relación con la crisis de la ética médica, su vínculo con los problemas de la ciencia y la tecnología, todas cuestiones necesarias, oculta que lo necesario no agota la causalidad de su surgimiento. Necesarios sí, suficientes no.

La bioética desde sus orígenes en Potter, incluye una necesidad mayor, que no se agota en los problemas de la ciencia, la tecnología y la medicina. El problema de la búsqueda de sabiduría necesaria para manejar los conocimientos, que es el planteamiento bioético que realiza Potter en los setentas del siglo XX, representa de una manera mucho más amplia e incluyente la necesidad y la novedad de la bioética y su lugar dentro del pensamiento ético como algo radicalmente nuevo.

Está claro que nuestros horizontes cotidianos, intelectuales e ideológicos condicionan las desviaciones y acomodados que ha tenido la idea original de la bioética, pero considero que estamos a tiempo de recuperarla en su valor intrínseco.

Las razones para los acomodados cotidianos resultan obvias. La vida cotidiana es conservadora por naturaleza, esa es su función social primaria: proteger y conservar la vida y sus condiciones. El pensamiento ético la ha servido fielmente a lo largo de la historia, y la moralidad ha sido su forma de realización práctica. Es lógico que sea conservadora de las costumbres y los valores que han probado su validez.

Pero la bioética rompió desde el inicio con muchas formas tradicionales de pensar la moralidad, la ética y los valores. Es lógico de la relación primera desde la vida cotidiana sea considerar la bioética como algo externo, propio de especialistas, y distante de las comunidades y las personas en su cotidianeidad. Esa problemática ha estado presente desde los setentas, pero se ha avanzado mucho para superarla, gracias al trabajo de los bioeticistas de todo el mundo, y a las posibilidades que la bioética ofrece para pensar las terribles condiciones en que la cotidianeidad se constriñe por esa subversión material y espiritual que mencioné al inicio de mi presentación.

Los horizontes intelectuales son más difíciles de vencer, pues las concepciones intelectuales han sido argumentadas durante largo tiempo, y a la amenaza de lo nuevo se responde habitualmente con la adaptación de lo nuevo a lo conocido y antes argumentado. El límite es la ciencia, que termina asimilando y ajustándose al

nuevo conocimiento, pero sabemos que hasta las teorías científicas portan un grado significativo de intolerancia y conservadurismo.

Más grave es la situación con los horizontes ideológicos, donde los elementos conservadores ya se han colocado en el pedestal de la infalibilidad ideológica. Para las ideologías la bioética es una amenaza cardinal que se ha intentado anular prohibiéndola, o adaptándola a la forma ideológica preestablecida. Así, algunos funcionarios han intentado prohibirla, y las éticas basadas en el deber ser preestablecido, se han convertido a la bioética, como si no fuera contradictorio y hasta incompatible pensar que es necesario atenerse a un deber ser preestablecido en un sistema de valores (que puede ser religioso, o político, o educativo) y hablar simultáneamente de bioética. A esto suelo llamarle con mis alumnos “bioética sobreadaptada”, pues de bioética casi solo tiene el nombre.

Por eso, uno de los problemas más importantes que a mi juicio tiene la bioética en la actualidad, se refiere a sus vínculos de continuidad y ruptura con el pensamiento ético de todos los tiempos, con las otras éticas y comunidades morales existentes hoy, y trabajar por interpretaciones que sin renunciar a las pertenencias ideológicas y comunitarias, no anulen la novedad de la propuesta bioética.

Esto me lleva directamente al problema de la bioética como nuevo saber ético.

Tesis 3. La Bioética como nuevo saber ético. ¿Es la bioética un nuevo saber ético?

El marco de la bioética propuesta por Potter denominada finalmente como bioética global no es otro que el **redimensionamiento del humanismo para incluir el resto de las especies y los seres humanos**. La bioética potteriana se cuestiona la dicotomía de lo humano y lo ambiental. Dicho de otra manera, se cuestiona el humanismo en aquella forma que lo redujo a la pertenencia a un sistema que no incluye a los otros: el ambiente, las especies y la humanidad.

Creo que lo que la bioética porta como nuevo saber ético está concentrado en esa nueva fundamentación del humanismo, mediante lo que Potter denominó como “ampliación del círculo de la moralidad”.

Si en sus orígenes la moralidad humana reconocía a la comunidad inmediata, y circunscribía su círculo a esa comunidad, desentendiéndose del resto de los seres humanos; el decálogo de Moisés reconoció en occidente una comunidad mayor y única: los seres humanos. En lugar de la pertenencia a una comunidad étnica, aparece la comunidad de pertenencia a un sistema de valores y principios de moralidad. Desde entonces el círculo de la

moralidad permaneció circunscrito y cerrado a esa comunidad humana: a la humanidad.

Potter propone para la bioética conciba una comunidad mayor: la comunidad de lo viviente.

La propuesta es tan novedosa, que todavía estamos digiriéndola intelectualmente, en la vida cotidiana suena a fábula, y las ideologías no han superado la etapa de una intensa masticación, sin que puedan extraer el jugo y tragar el bocado.

Sin embargo, el mundo ha cambiado mucho desde los setentas. Las últimas etapas del proceso globalizador desde finales de los ochentas, han mostrado las bases de formación de una comunidad humana de rango planetario. Tenemos de los tres elementos necesarios para una sociedad a esa escala, dos: la vida material común, y la comunicación común. Nos falta el tercer elemento: la gobernanza común.

¿Acaso no tiene que ver directamente con la gobernanza común lo que Potter consideraba objeto de la bioética. “la búsqueda de la sabiduría necesaria para manejar los conocimientos”?

Vista a la luz de los procesos globalizadores de finales del siglo XX, la bioética parece tener posibilidades para realizar una contribución fundamental a la búsqueda de una gobernanza planetaria, que indudablemente requiere fundamentos éticos democráticos, de tolerancia y respeto por la diversidad social y ambiental. La bioética en este plano, más que una ética de mínimos para una sociedad civil democrática, parece más apta para llegar a ser una ética de la metamorfosis de la humanidad, una ética de la alternativa al abismo hacia el que avanza la humanidad guiada por otras éticas, en especial por esa que Potter llamó “ética capitalista”, la del interés, el beneficio y el cortoplacismo complaciente con la depredación social y ambiental.

Llamo la atención sobre la alternativa que la bioética representa en este plano. Al final, volveré sobre este punto de la alternativa, que abordaré en relación con el pensamiento del Sur

Es conveniente aquí tener en cuenta la lección que nos ofrecen los estudios conductistas sobre la violencia. Son ampliamente conocidos, y han sido llevados hasta el cine las investigaciones que muestran como la violencia se propicia por el entorno. Desde el punto de vista conductista, me refiero a las investigaciones de Zimbardo por ejemplo, el entorno puede propiciar que aflore la bestia que el ser humano lleva dentro. De ello emanan interesantes recomendaciones acerca de las organizaciones, las reglas con que operan y deberían operar, etc. Todos son conocimientos y recomendaciones muy valiosas, pero tienen la consecuencia interesante de que podamos terminar suponiendo que se trata de entornos privados de ética

y moralidad. Pero no sería una conclusión correcta, pues en esos entornos existen moralidad y ética, tales que coexisten, coexisten y propician la violencia extrema y los fenómenos autodestructivos. Lo que hacen esos entornos organizacionales y sociales no es destruir la ética y la moralidad, sino construir una ética y una moralidad que se erigen a costa de la anulación del individuo humano.

Ya sea por el camino del individuo solitario y el individualismo exacerbado, o por el camino de la subordinación del individuo a reglas impuestas en favor del bien común a toda costa, se construye una moralidad que cohesiona para destruir.

Esa es la lección de los experimentos de los setentas, o de las realidades de Abu Graib, más cercanas en el tiempo, o del acoso escolar, más cercano en el espacio-tiempo social.

La bioética tiene en esto mucho que decir y hacer, como generadora de una comunidad moral de nuevo tipo, coherente, comprometida, tolerante y proactiva.

A esta altura, ustedes probablemente se preguntarán ¿por qué están en el título el pensamiento cubano, Martí y la Revolución cubana, si todavía no los he mencionado directamente ni una sola vez?

Sin embargo ya los he mencionado muchas veces sin nombrarlos, pues estamos hablando de la raíz, del humanismo que ha de estar en la base de una ética y bioética adecuadas a los problemas, las necesidades y urgencias de este siglo XXI dominador y planetario. Me he referido a las bases humanistas de un pensamiento necesario, que no esté de espaldas a la política y lo político, pero que es esencialmente ético y comprometido con los seres humanos, su individualidad y la comunidad de pertenencia. Un pensamiento capaz de dialogar en términos de cambio radical y hasta de violencia, si la violencia es imprescindible para hacer frente a la dominación. Me referiré ahora en positivo a ese contexto creativo que responde a los nombres de pensamiento cubano, revolución científica, revolución en la ética, José Martí.

Tesis 4. Por qué es tan importante para nosotros el humanismo martiano y el pensamiento cubano. Y por qué seguimos enlazando humanismo, revolución y futuro.

El pensamiento cubano, como han demostrado varios autores y ha enfatizado en más de una ocasión Armando Hart, es un pensamiento profundamente humanista con raíces éticas que se hunden en varias fuentes, entre las que se encuentran sin lugar a dudas el cristianismo y el resto de las religiones que se fundieron en el imaginario de los seres humanos en esta isla a lo largo de los tiempos. No es un pensamiento perfecto, también

tiene manifestaciones conservadoras, regresivas y hasta reaccionarias, pero lo fundamental que ha quedado de los tiempos duros, de dominación colonial y esclavitud primero, y de dominación cultural, económica y política en nuevas formas durante el siglo XX, ha sido un pensamiento encarnado en la población que es profundamente humanista y comprometido con la solidaridad.

El humanismo martiano expresa una fusión ideal de componentes nutricios indispensables, desde el aire de originalidad y pertenencia del isleño apegado al terruño y la añoranza del esclavo que sueña volver a la libertad allí de dónde fue separado por la fuerza; hasta la poesía que recrea el mundo imaginándolo, y la prosa política que piensa el mundo, planifica y realiza las acciones de transformación. Es el humanismo del creador, del artista, el científico, el político y el combatiente. Una mezcla difícil de encontrar, que se plasmó en la preocupación por lo cubano y lo universal, por el ser humano y la naturaleza, por la vida, el bien y la justicia.

Era lógico, que en un entorno como el cubano, la bioética encontrase en Martí el antecedente humanista imprescindible, y la posibilidad de traducción de los problemas nuevos al lenguaje y las realidades de los ciudadanos comunes.

Martí, por otra parte, expresó de manera ideal perfecta, la confluencia de la ética y la política y la dimensión individual/social de los isleños independentistas y revolucionarios. Desde Martí, con las palabras política y revolución no se asusta a nadie en Cuba.

Son muchas las características y los rasgos que se pueden mencionar, pero llamo la atención sobre el que considero fundamental: **la dimensión individual/social**, porque nada es absolutamente individual, ni absolutamente social para ese pensamiento humanista, revolucionario y emancipador, y por eso no deja de ser, ni al reconocer y acoger la necesidad de la violencia, de profundo carácter humanista.

Si hoy necesitamos pensar la bioética política que responda a los retos de la ciudadanía, la democracia cognoscitiva y comunicacional, la comprensión cultural y no solo política de la democracia, --todos problemas bioéticos fundamentales--, podemos hacerlo desde Martí porque allí está dada esa dimensión individual/social que impide las rupturas destructoras del humanismo que mencionamos antes cuando analizamos el problema de la violencia.

Se trata de una cuestión identitaria inherente al pensamiento cubano, aunque no exclusiva de él.

Ética, identidad y soberanía guardan en el pensamiento cubano una relación muy especial. Creo que podemos considerarla como una notable peculiaridad del eje articulador de la identidad de lo cubano. Ni un eje político

solo, ni una identidad isleña sola, sino, **un eje identitario donde concurren ética, soberanía y política.**

Y sin menosprecio de los notables intelectuales con que ha contado Cuba a lo largo de su historia, que han contribuido a la consolidación de ese eje identitario, no es un eje intelectual, pensado y formulado como un ejercicio ideológico de programación o argumentación de la identidad. Emanada de abajo, de las relaciones realmente existentes, y en ese sentido, es un pensamiento cubano de pueblo, no exclusivo de intelectuales.

Me refiero entonces a pensamiento cubano, no solo intelectual, sino también y fundamentalmente popular, realizado en la vida cotidiana, fuente de la creatividad del día a día, y ejercicio de la solidaridad por personas reales, que la han asumido como principio de vida que viene de fuentes como las creencias, las costumbres, las realidades de vida y producción, y que realiza la utopía revolucionaria en la resistencia y la creatividad.

Es una plasmación del humanismo que sirve de base o terreno común para que la bioética tenga fuertes raíces y ramas, y fructifique entre nosotros.

Así, la bioética y el pensamiento cubano tienen en común el constituir una alternativa al pensamiento dominador y la dominación, al anexionismo simbólico que mencionaba ayer Frei Betto, y al consumismo como ideología de la constante insatisfacción. Sin dudas, este último, un proceso a la vez material y simbólico, contrario a la utopía y el humanismo.

Tesis 5. ¿Es posible pensar la bioética desde el Sur?

Vista desde Cuba y en las circunstancias actuales en que se desenvuelve el mundo, la bioética es indudablemente alternativa y representa un pensamiento alternativo. Tiene sus raíces en el humanismo comprometido, como es el caso de la corriente principal del pensamiento cubano que simboliza Martí, pero mira hacia adelante como parte de lo que varios filósofos y epistemólogos contemporáneos han dado en llamar Pensamiento del Sur.

No un pensamiento pobre, discriminado y retraído, localista o del Sur geográfico, no un pensamiento de la resistencia conformista y el desamor, sino un pensamiento situado en contexto, vivo, creador y abierto que requiere de una epistemología nueva, que habilite desde la alternativa al mundo existente. Un pensamiento del Sur político, comprometido con los seres humanos y sus circunstancias sociales, que construya individuo y sociedad y contribuya a superar este momento crucial por el que transita la humanidad.

No respondo, les dejo con la última tesis formulada como pregunta ¿Es posible pensar la bioética desde el Sur?

